

ALAI



FORMA USA EN DA NANG

DA Nang no es Dien Bien Phu y probablemente no lo será nunca. Pero los reveses que acaban de sufrir los marines en la mayor base del Vietnam —veinte muertos, sesenta heridos, treinta y dos aparatos fuera de combate en media hora— fortalecen de ahora en adelante la idea de que no hay que excluir la posibilidad de un desastre americano y de que la guerra quizá esté en vías de bascular hacia un punto en el que Washington no tendrá otra solución que negociar, no ya sobre las condiciones sino sobre las modalidades de su retirada de Vietnam.

La operación del 14 de julio lleva a tres conclusiones:

1. El material soviético es un elemento decisivo del combate y, a pesar de la lentitud de Moscú y de las querellas chino-soviéticas, la ayuda del campo socialista es elemento determinante en la batalla.

2. Los combatientes F. N. L. y norvietnamitas salen de la estación seca, que termina en junio, con una agresividad acrecentada, que va a contar fuertemente en la época de las lluvias, la cual reduce notablemente la actividad de la U. S. Air Force y de la VII Flota.

3. Ya no existe ningún «santuario» para las fuerzas americanas, que están en todas partes, aun en el más formidable reducto, expuestas a los ataques del ejército popular.

Conclusiones que toman un sentido tanto más amargo para el cuerpo expedicionario cuanto que proceden de hace poco tiempo, cuando el general Thieu, jefe del Estado survietnamita, se negó a que el Estado Mayor procediera a la movilización. Medio millón de americanos son enviados a los arrozales, pero los vietnamitas de veinte años que no luchan con el F. N. L. pueden deambular por las calles de Saigón.

El debate Westmoreland-McNamara sobre el envío de refuerzos al Extremo Oriente se desarrolló en un clima de angustia e irritación. El general reclamaba ciento sesenta mil hombres más. El ministro ha respondido que concede veinte mil e invita a utilizar mejor los que ya están comprometidos en la acción. De hecho, Johnson va a encontrar una fórmula a medio camino entre las dos cifras. Pero lo más grave del asunto es que el crédito del general-paracaidista está gravemente afectado, y que la mejor cabeza del Gobierno de Washington, Robert McNamara, al que no puede tomarse por un neurótico pacifista, ha comprometido su prestigio contra el hombre al que se ha confiado la estrategia americana en Asia.

Desde hace un año es sabido que McNamara es el más pesimista de todos los dirigentes americanos en lo que respecta a la solución de los combates, y el más tentado por una «revisión desgarradora» de la política americana en Asia. Pero nunca sus reservas habían sido de tanto relieve ni suscitado tantos ecos. Es preciso leer el último



McNamara —a la izquierda— y Westmoreland —sobre estas líneas— no están de acuerdo. El general reclama 160.000 hombres más para el Vietnam, y el ministro ofrece 20.000 y propone que se utilicen mejor los que ya están comprometidos en la acción.

editorial de James Reston aparecido en el «New York Times» del 15 de julio para darse una idea del malestar que reina en los círculos dirigentes de Washington.

Los golpes de acelerador que constituían las únicas respuestas de Washington a los tan diversos y complejos problemas planteados por la guerra ya no valen de nada. Han surgido dos obstáculos, uno de ellos técnico y el otro diplomático. El obstáculo técnico es el de la implantación y despliegue de las fuerzas americanas en el territorio que ocupan y logran controlar tan a duras penas que las propias colinas que dominan Da Nang, a siete kilómetros del centro de la base, nunca han podido ser auténticamente dominadas por los tres regimientos de marines que en ellas acampan. Lo cual ha permitido al F. N. L. instalar sus lanzacohetes y medir tan exactamente los tiros que los aparatos camuflados en los refugios han sido destruidos. Exactamente como en Dien Bien Phu. Cuando se piensa que la poderosa concentración de tropas de élite reunida en la mayor base del país no ha logrado «limpiar» las colinas que dominan la base —siempre Dien Bien Phu...— uno se pregunta sobre el empleo que el general Westmoreland podrá dar a los cien mil combatientes que se le van a proporcionar. Las áreas de despliegue estratégico se hacen escasas. Pero Washington debe enfrentarse también a un serio obstáculo diplomático. Si hay algo que se deduzca claramente de las entrevistas de Glassboro es que

Johnson y Kossyguin se han puesto de acuerdo para circunscribir al máximo los enfrentamientos en curso, para limitar las «escaladas» asiática y medio-oriental, para «regionalizar» los conflictos: unas decenas de miles más de americanos en el Vietnam, unos centenares más de «Migs» en El Cairo, refuerzos en el peor de los casos, pero en ningún modo cambio cualitativo en la estrategia.

Lo que quiere decir que Washington debe resignarse a ambiciones muy modestas, que no le dejan margen de maniobra. Otro «cambio de guerra» tan audaz como el de 1965 —bombardeo del Norte y desembarco masivo de las tropas— es lo único que podría transformar el curso de la guerra: la destrucción sistemática de los diques del río Rojo, que puede provocar la muerte de dos millones de campesinos, o el recurso a las armas nucleares. Estas hipótesis parecen de momento excluidas, e incluso el proyecto de ocupación masiva del Laos del Sur y de la región camboyana de las tres fronteras, al nivel de Plaiku, para cortar definitivamente al Vietnam del Sur del Norte.

Quedan las soluciones políticas. ¿Una larga suspensión de los bombardeos del Norte para favorecer una apertura hacia Hanoi? Los últimos viajeros de regreso de Hanoi no conceden ninguna posibilidad a una operación semejante, dado que el general Giap tiene la impresión de que el tiempo trabaja en favor de los maquis y de que es preciso llevar a los americanos a una posición más débil para que la negociación resulte verdaderamente fructífera.

De hecho, hay que decir, una vez más, que sólo con el esbozo de un arreglo político y militar en el Sur podrá esta guerra encontrar su salida.

Las elecciones presidenciales del 3 de septiembre, por trucadas que estén, ¿permitirán poner en marcha un proceso en este sentido? Puede observarse ya que los americanos han abandonado a Ky, el más comprometido de los «ultras», que ya no es sino candidato a la vicepresidencia, mientras que su más cercano colaborador, el general Loan, jefe de la Seguridad, se ha visto despojado de todo lo referente al aspecto militar, que es lo esencial del poder.

Dos de los candidatos, An Truong Thanh, ex ministro de Hacienda, que ha hecho del alto el fuego el primer artículo de su programa, y el general Minh, que fue el «artífice» de Diem, serían interlocutores posibles para el F. N. L. Es seguro que resultarán vencidos por el candidato oficial, Thieu. Pero las ideas que preconizan, por el sólo hecho de su candidatura, harán prosperar las posibilidades de una negociación «entre Sudistas» que situaría a los americanos ante el hecho consumado y les ofrecería una puerta de salida.

JEAN LACOUTURE

(Fotos: EUROPA PRESS Y CIFRA)